

JUAN GOYTISOLO EN LOS CAMPOS DE NÍJAR

Miguel Gallego Roca

Si la infancia es la verdadera patria del hombre, como quería Rilke, entonces la verdadera patria de Juan Goytisolo fue un mapa-mundi cuyos topónimos despertaban la imaginación lingüística y geográfica, una grieta en la asfixiante España de la posguerra para imaginar otras identidades, otros Juanes. Almería, la palabra, era ya algo que existía en la imaginación del niño «gracias a la aburrida lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos: ‘Sacratif, en Granada, Gata, en Almería. Palos, en Murcia [...]’» (*Campos de Níjar*). Poco después, en su primera juventud, Almería volverá a aparecer en sus incursiones por los barrios marginales de Barcelona, entre sus compañeros de mili en Mataró o entre la emigración española en sus primeros viajes a París. Por eso, Almería es una palabra, y una tierra, querida por Goytisolo incluso antes de conocerla, tal y como afirma en las primeras páginas de *Campos de Níjar*:

Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña —y a realizar los trabajos más duros, dicho sea de paso—, la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

Al recordar el despertar de su conciencia literaria y política durante los primeros años cincuenta del pasado siglo, Juan Goytisolo escribe en *Coto vedado* (1985):

Mi estancia física en España, salvo dos escapadas parisienses, se prolongaría hasta el cincuenta y seis. Sin embargo, mi vida intelectual, y no sólo mis fantasías, empezaban a desenvolverse fuera. Abandonando las traducciones importadas de Buenos Aires, leía exclusivamente en francés tanto la obra de Proust, Stendhal o Laclos como a los autores venidos de otros ámbitos. Este filtro me alejó durante años de

la poesía y novelas escritas en mi lengua con consecuencias fáciles de calcular. Pero la literatura es y será el reino de lo imprevisto: mi pasión por ella, vivida como un verdadero salto al vacío, me precipitó un día al goce del castellano en virtud de la misma lógica misteriosa por la que hallaría en el sexo la afirmación agresiva de mi identidad.

Una identidad mestiza, híbrida, más bien una identidad construida a partir de lo no identitario, de la extraterritorialidad. No extraña, por tanto, que cuando se encuentre en un camino de los *Campos de Níjar* con el «viejo de los chumbos», que acaba de oírlo hablar en francés con unos turistas, este lo tome por gabacho:

—Habla usted muy bien el español —dice al cabo de cierto tiempo.

—Soy español.

—¿Usted?

—Sí, señor.

El viejo me mira como si desbarrara.

—No. Usted no es español.

—¿No?

—Usted es francés.

—Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del Sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros. Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando mal gabacho.

—Mire —digo echando mano al bolsillo—. Aquí está el pasaporte.

Lea. Nacionalidad: española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

—¿Dónde dice que vive usted?

—En París.

—Ah, lo ve... —exclama triunfante—. Entonces es usted francés.

—Español.

—Bueno. Español de París.

En efecto, Juan Goytisolo, era ya, durante sus primeros viajes a Almería, un «español de París», concretamente del multiétnico barrio del Sentier. De la Rue Poissonière, donde tenía su apartamento Moni-

que Lange, secretaria del departamento de traducción de la Editorial Gallimard, que será su guía en el París literario y su compañera, y amiga, para siempre. El ocho de octubre de 1955, a los pocos días de conocerla, Monique invita al joven escritor español a una cena junto a Jean Genet, el autor del *Diario de un ladrón* (1949) admirado por Goytisoló e íntimo amigo de Monique. Esa noche sucede algo, una constatación, una apertura. Es la noche de su destino, según relata en *En los reinos de taifa* (1986):

Mi Lilat Al Qāder [la «noche del destino» para los musulmanes, se celebra durante el Ramadán] acaeció un ocho de octubre, no sé si dentro o fuera del Ramadán, la noche en que fui por vez primera al lugar en el que escribo estas líneas y conocí a un tiempo a Monique y Genet, dos personas que por vías y maneras distintas influyeron decisivamente en mi vida y cuyo encuentro desempeña en ésta un papel primordial. Mi evolución posterior la deberé en gran parte a ellas, a su contribución a arrancarme de mi medio y su agobiadora estrechez.

En la atracción por los barrios de inmigrantes de París se fragua un cambio de piel, a la vez que se abre paso un compromiso ideológico y estético. La fascinación por lo que intuye como una vida más auténtica es ya irresistible: atrás queda el gris y agobiante franquismo. Para empezar, tiene a su lado la «vida de ladrón» de Genet y la libertad de Monique, la chica francesa, separada y con una niña, que no acepta ninguna convención y de quien sospecha que es capaz de entender lo que él intuye.

Lo sorprendente es que esa iluminación se va concretar en un viaje. Un viaje a lo desconocido, sí, pero en su propio país. Un viaje al Sur, a Almería. De ahí parte esa alocada idea, de Juan y Monique, de pasar el verano de 1956 en el sureste español, mientras sus amigos disfrutaban de los placeres estivales de la Costa Brava o Bretraña. Algo así sucede en «El viaje», uno de los relatos de *Para vivir aquí* (1960). La pareja de ese relato viaja en coche por la costa de Almería y Granada: Garrucha, Mojácar, Carboneras, Adra, Castell de Ferro, Motril... no solo viajan, también el viaje les hace comprenderse a ellos mismos. Evolucionan desde la fascinación por la extraterritorialidad del desértico y paradisíaco sureste, hasta el horror esperpéntico de un circo ambulante convertido en burdel. Ambos son conscientes de su volubilidad y cinismo como visitantes de un territorio dominado por la miseria económica y moral.

Varias veces, al llegar por la noche a un pueblo, juramos acabar nuestra vida en él y, al día siguiente, lo abandonamos, expulsados por el hastío, el calor y la mala comida. Poco a poco, empezábamos a conocernos y nuestra volubilidad nos hacía reír. Los lugares en los que deseábamos vivir —como los niños que hubiéramos querido prohi- jar— eran perfectamente sustituibles y, pasado el primer movimiento de entusiasmo, nos fatigaba en seguida.

Entre 1957 y 1962 Juan Goytisolo vuelve en seis ocasiones a los pueblos de Murcia, Albacete y Andalucía, sólo o en compañía de otros —Monique, Simon de Beauvoir, el novelista norteamericano Nelson Algren, los cineastas Claude Sautet y Vicente Aranda o el arquitecto Ricardo Bofill—. Fruto de esos viajes son los libros *Campos de Níjar* (1960) y *La Chanca* (1962), con los que pretende descubrir la humanidad de quienes habitaban esos barrios y esos campos de Almería. El primero es un libro singular, el «más logrado» de sus libros de viajes en palabras del propio autor, en cuyas páginas asistimos al despertar de una empatía ética y estética por territorios colonizados, atracción que ya no le abandonará jamás y que años más tarde convergerá con las tesis de Edward Said sobre las culturas colonizadas. Ejemplo de esto es el hecho de que, a día de hoy, la edición más leída en el mundo hispano de *Orientalismo* —célebre libro de Edward Said, quizás el de mayor repercusión en las humanidades en el tránsito del siglo XX al XXI— vaya precedida de un prólogo de Juan Goytisolo.

En *Campos de Níjar* ya no hay cinismo como en «El viaje», sí mala conciencia burguesa y colonial, incluso mala conciencia catalana. Así lo explica en el prólogo a la edición italiana del libro (1961), de considerable repercusión europea, que luego se publicó como «Tierras del Sur» en *El furgón de cola* (1967):

Durante la Segunda República —que murió víctima de las contradicciones que señalamos—, mientras la burguesía industrial defendía un reformismo democrático en Cataluña y las provincias del Norte, mantuvo al campesinado de Andalucía, Murcia, Extremadura y Castilla bajo un régimen socialmente opresor. Partidaria de la libertad cultural de los catalanes y vascos, hollaba la libertad económica de castellanos y andaluces. La historia demostraría un día que la primera no puede desglosarse de la segunda. Sin comprender la realidad del Sur, los catalanes no resolverán jamás los problemas planteados en su propia casa.

Esos viajes ligan a Goytisolo con el nombre de Almería y a Almería con Goytisolo, igual que más tarde sucederá con Marrakech. Simone de Beauvoir, que le acompañó en el viaje del verano de 1960, vino con su amante Nelson Algren, novelista americano de los bajos fondos de Chicago y autor de novelas de tanto éxito como *The Man with the Golden Arm* (1949) —llevada al cine por Otto Preminger, con Frank Sinatra en el papel protagonista— o *A Walk on the Wild Side* (1956) —de la que Lou Reed tomó el título—. Cuando de Beauvoir reanuda la relación epistolar con Algren en septiembre de ese mismo año, se dirige a él como «Très chère bête d'Almería» y asegura que se acuerda de muchos de los lugares y cosas que los unen: «Sachez seulement que je me rappelle Héraklion, le chiche-kebab, le roi Minos, je me rappelle Almería y Goytisolo, je me rappelle la rue Schœlcher, le jus d'ananas et vous». Almería y Goytisolo, una relación que no siempre fue correspondida, sobre todo por parte de algunos almerienses que no encajaron la realidad que el escritor desvelaba incluso con sus silencios. Y este de los silencios no es asunto menor en *Campos de Níjar*: al margen de su función estética, que puede recordarnos a *El extranjero* (1942) de Albert Camus —con el que también coincide en la presencia de un sol abrasador y una sensación de extraterritorialidad—, los silencios son también lógica consecuencia de la censura o autocensura de la España franquista.

Monique llegó pronto a la certeza de que su pareja no podía quedarse en un solo lugar, tuvo que acostumbrarse a sus nomadeos y medineos por lugares pobres y marginados. La extraterritorialidad, esa forma de vida que Juan Goytisolo descubre en la cena parisina del ocho de octubre y en sus primeras incursiones por el sureste español, será su destino. Para Monique es el que siempre se está yendo, el que aparece ausente en las páginas de *Las casetas de baño* (1982), la preciosa novela de Monique Lange: «Él se ha marchado a Carboneras, Murcia, Almería. Está camino de Marrakech o tal vez en Damasco, Tiznit, Estambul, Palmira, en Zagora, en Uxda, en el desierto de El-Golea».

Campos de Níjar se encuentra en la frontera del realismo social de posguerra. Habría que esperar a *Tiempo de Silencio* (1962) de Luis Martín Santos, a *Señas de identidad* (1966) del propio Juan Goytisolo, a *Últimas tardes con Teresa* (1966) de Juan Marsé, o a la llegada de los novelistas latinoamericanos del *Boom*, para encontrar en la novela española una salida al realismo social. Los modelos de Goytisolo para

el relato de sus viajes por el sureste español no son nacionales, se encuentran más bien en algunos autores que optaron por el reportaje o la crónica de viaje al estilo de la prosa neorrealista de Elio Vittorini o algunos relatos campesinos de Cesare Pavese. Su fortuna cara a la crítica fue escasa en su tiempo: fue considerado un documento sociológico con poco valor literario o como la deriva final de la narrativa social. Pronto, Aurora Egido supo darle su lugar como libro de una belleza inusual y fruto de un complejo trabajo literario, lingüístico e ideológico. Egido lo explica como una preparación ascética de su posterior promiscuidad lingüística: «beneficiosa la criba de sencillez que estos *Campos* ofrecen, cara a las aventuras más arriesgadas de desguace que el autor ha operado en obras posteriores con el lenguaje literario, en general, y con el suyo propio»

Su escritura es producto de una previa y exhaustiva documentación histórica, geográfica y lingüística sobre la comarca, a lo que se añadirá lo anotado en los cuadernos de bitácora que siempre lleva a mano. También serán importantes las fotografías que realiza él mismo o su amigo Vicente Aranda —las primeras ediciones del libro se publican con diez fotografías realizadas por este último—. Pero todo ese *corpus* documental no impide, al contrario, que el autor logre registros poéticos y emocionales muy complejos con una prosa limpia, precisa y seca. Quizás sea esa la más novedosa aportación de *Campos de Níjar* a la literatura en español de la segunda mitad del siglo XX: desvelar la dimensión poética del reportaje. El autor hacer intervenir a aquello que la historia y la ideología con frecuencia ocultan bajo la forma de la trama o el argumento. Los otros dos libros de viaje que Goytisolo publica en aquellos años, *La Chanca* (1962) y *Pueblo en marcha* (1962), excelentes desde otros puntos de vista, carecen de esa dimensión poética y emocional, quizás por ser deudores de una intriga argumental. En *Campos de Níjar* apenas hay trama. Hay caminos, hay encuentros, hay miradas, hay un mundo de cosas insospechadas, tal y como ocurre en la mejor tradición de la literatura de viajes: «Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la Nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años.» Violencia y pobreza: el *Leit-motiv* de los once capítulos de *Campos de Níjar*. Según Jorge Carrión, *Campos de Níjar* pertenece a un tipo de literatura de viajes que pretende reescribir el espacio, contradecir su

configuración política y textual nacionalista: un «reportaje realista y social, contra la imagen oficial del régimen». Función similar a la que en su momento desempeñó *Letters from Spain* (1822) de Blanco White.

Juan Goytisolo, que construyó con curiosidad y paciencia su propio árbol de la literatura, siempre estuvo atento a los contextos históricos y artísticos de la novela. Cuando hacia final de la década de los cincuenta toma conciencia de la insuficiencia del realismo social como herramienta para cambiar la realidad, su proyecto literario cambia de rumbo hacia una concepción poética y experimental de la novela. El cruce de caminos en esa trayectoria literaria está situado, es posible, en los *Campos de Níjar*. La realidad, que es un imán para los artistas de posguerra, ha encontrado dos nuevos medios para tratar con ella: la fotografía documental y el cine —son los años del neorrealismo, el *cinéma vérité* o la *nouvelle vague*—. Juan Goytisolo conoce esas intersecciones entre palabras e imágenes y las posibilidades que abre. También conoce los caminos que se cierran. En el viaje de 1960 le acompaña el novelista norteamericano Nelson Algren, muy influido por la escuela fotográfica de la *Farm Security Administration*, cuyos componentes —entre ellos Walker Evans, Marion Post Wolkott o Gordon Parks— documentan, a través de la fotografía, la depresión americana de los años treinta y su impacto en el mundo rural. También viajan con él el director francés Claude Sautet y Vicente Aranda, que va a ser el encargado de fotografiar paisajes, escenas y momentos. Nada sabemos sobre si Sautet filmó durante la excursión, sí tenemos noticias de alguna grabación perdida. Lo cierto es que décadas después Juan Goytisolo quiso grabar un documental sobre *Campos de Níjar*, el resultado fue el documental de 1984 dirigido por Nonio Parejo y con guión del autor y de José Guirao. Si sabemos que las primeras ediciones de *Campos de Níjar* incluyen diez fotografías de Aranda sin mencionar su autoría, solo a partir de 1963 sí aparecerá Aranda como autor de las «ilustraciones fotográficas».

Cuenta el autor en *Coto vedado* que el niño Juan Goytisolo pegaba fotografías entre las páginas de sus primeras novelas de aventuras. Si la infancia es la patria del hombre, los libros de viajes con fotografías son una de las patrias de Juan Goytisolo. En esta edición conmemorativa de 2018 aparecen algunas de las instantáneas realizadas con la Kodak de Vicente Aranda, del resto no hemos conseguido una copia con calidad suficiente, pero pueden localizarse en las diversas ediciones del

libro que han incluido las diez o, a veces, ocho fotografías. El resto de las fotografías aquí incluidas, gracias a José Guirao que a su vez las recibió del propio Goytisolo y que ha preparado Rafael Doctor, podemos considerarlas de autoría compartida entre el propio Goytisolo y Aranda, siendo este último el autor de la mayoría.

Las diez fotografías que ilustraban la edición original están dominadas por una objetividad visual que subraya la distancia del narrador respecto a la realidad almeriense: encuadres lejanos, personajes de espaldas, ninguna referencia al viajero. Por el contrario, la colección que aquí presentamos podemos considerarla en su mayoría como material personal y descartado: primeros planos, presencia del narrador, escenas de comunicación humana, sonrisas, erotismo. Es la cara B de aquellos viajes por la provincia de Almería —aunque por el interés fotográfico hayamos decidido incluir algunas de pueblos de Albacete, Granada, Córdoba o Murcia, y hayamos desechado las de un festival taurino en la provincia de Huelva—. Es un documento literario excepcional sobre un escritor que estaba cambiando de piel. Del objetivismo de aquellas diez primeras fotografías de Vicente Aranda, pasamos ahora, con esta colección, al subjetivismo de una mirada más personal y cercana. Imágenes que nos incumben y pinchan, en el sentido del *punctum* barthesiano. Como complemento visual al relato, creo que suponen una novedad y que hoy, casi sesenta años después, enriquecen la lectura de un libro tan singular.

Esta edición conmemorativa, que reproduce el texto de *Campos de Níjar* publicado en el tomo II de su *Obras Completas* (2006), se acompaña con una serie de textos que constituyen un homenaje al autor de *Juan sin tierra*. Rafael Doctor, director del Centro Andaluz de la Fotografía con sede en Almería, nos habla de Vicente Aranda y de la colección fotográfica que aquí se presenta. José Guirao Cabrera, amigo personal de Juan Goytisolo y Monique Lange, quien nos ofreció este legado fotográfico, fue el intermediario de las relaciones de Juan con Almería. José María Ridaó, amigo y heredero intelectual de Juan, nos ofrece un perfecto acercamiento a lo que los caminos del Sur significaron para Goytisolo en su evolución artística, personal y política. Massimo Rizzante, que frecuentó a Goytisolo en Marrakech durante sus últimos años, nos recuerda las conversaciones sobre sus respectivos árboles de la novela. Y Milan Kundera cierra este homenaje, con

dos páginas, ya imprescindibles, que explican la memoria y el olvido según lo entendía el maestro del Sentier, Juan de tantos sitios y ninguno: de Tánger, de Almería, de Marrakech, de Barcelona, de Estambul.

Los que lo conocimos, sabemos que la amistad y la conversación eran tan importantes para él como la literatura. Lo saben los amigos que dejó en *La Chanca* y en los *Campos de Níjar*, los amigos que dejó en este mundo delante del telón.

Referencias:

Jean-Paul AUBERT, «Les photographies de *Terre de Níjar*. Vicente Aranda illustrateur de Juan Goytisolo», en Fabrice Parisot (ed.), *Littérature et représentations artistiques, Narratologie n° 6*, 2005, 317-242.

Roland BARTHES, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía* (1980), Paidós, Barcelona 2009.

Simone de BEAUVOIR, *Lettres à Nelson Algren. Un amour transatlantique 1947-1964*, Gallimard, París 1997.

Jorge CARRIÓN, *Viaje contra espacio. Goytisolo y W. G. Sebald*, Iberoamericana Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2009.

Campos de Níjar, película dirigida por Nonio Parejo, guión de Juan Goytisolo y José Guirao Cabrera, Instituto de Estudios Almerienses y Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1984.

Aurora EGIDO, «En los *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo», en *Cuadernos de Investigación Filológica*, nº5, 1979, 149-162.

Juan GOYTISOLO, *Campos de Níjar* (1960), en *Obras completas II: Narrativa y relatos de viaje (1959-1965)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2006.

_____, *Para vivir aquí* (1960), en *Obras completas II: Narrativa y relatos de viaje (1959-1965)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2006.

_____, *El furgón de cola* (1967), en *Obras completas VI: Ensayos literarios (1967-1999)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.

- _____, *Coto vedado* (1985), en *Obras completas V: Autobiografía y viajes al mundo islámico*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
- _____, *En los reinos de taifa* (1986), en *Obras completas V: Autobiografía y viajes al mundo islámico*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
- Monique LANGE, *Las casetas de baño*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1997.
- Edward SAID, *Orientalismo* (1978), prólogo de Juan Goytisolo, Debate, Madrid, 2002.
- Lorenzo J. TORRES HORTELANO, «La re-construcción imaginaria de lo real en *Campos de Níjar y Las Hurdes. Tierra sin pan*», en *Sociocriticism*, vol. 30, 1 y 2, 2015, 197-235.

Campos de Níjar



I

Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la Nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años. Había dejado atrás Puerto Lumbreras —con los tenderetes del mercado en medio de la rambla— y el valle del Almanzora, Huércal Overa, Vera, Cuevas, Los Gallardos. Desde un recodo de la cuneta había contemplado las increíbles casas de Sorbas suspendidas sobre el abismo. Después, cociéndose al sol, las sierras ásperas, cinceladas a golpe de martillo, de la zona de Tabernas, corroídas por la erosión y como lunares. La carretera serpentea entre horcajos y barrancos, bordeando el cauce de un río seco. En vano había buscado la sombra de un arbusto, la huella de un miserable agave. En aquel universo exclusivamente mineral la calina inventaba espirales de celofán finísimo. Guardo clara memoria de mi primer descenso hacia Rioja y Benahadux: del verdor de los naranjos, la cresta empenachada de las palmeras, el agua aprovechada hasta la avaricia. Me había parecido entonces que allí la tierra se humanizaba un poco y, hasta mucho después, no advertí que me engañaba. Anunciada por un rosario de cuevas horadadas en el flanco de la montaña —«capital del esparto, mocos y legañas», como dicen irónicamente los habitantes de las provincias vecinas—, Almería se extiende al pie de una asolada paramera cuyos pliegues imitan, desde lejos, el oleaje de un mar petrificado y albarizo.

Cuando fui la última vez, la ciudad me era ya familiar y apenas paré en ella el tiempo preciso para informarme del horario de los autocares. Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan púdicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó, azules, ocres, rosas, amarillos y blancos. También había trepado al cerro de San Cristóbal para atalayar el puerto desde las gradas del Vía Crucis: una patulea de arrapiezos juega y se ensucia entre los pasos, y el aliento de la ciudad sube hasta uno como el jadeo de un animal cansado. Almería carece de vida nocturna y, en mis estancias anteriores, haciendo de tripas corazón, había recorrido temprano sus calles.

Me apresuraré a decir que no lo lamento en absoluto. El espectáculo merece el sacrificio: el mercado de Puerta Purchena, con sus gitanos y charlatanes, obsequiosos y vocingleros; los somnolientos coches de punto, a la espera de clientes; los emigrados marroquíes, meditando a la sombra de los ficus, valen cumplidamente el viaje. Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña —y a realizar los trabajos más duros, dicho sea de paso—, la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

En los mismos suburbios de la ciudad, camino de Murcia, torciendo a la derecha de la nacional 340, una carretera comarcal une Almería con las zonas montañosas y desérticas de Níjar y Sierra de Gata. Otras veces, durante mis breves incursiones por el corazón de la provincia, había prometido recorrer con alguna calma este olvidado rincón de nuestro suelo, rincón que sonaba familiarmente en mis oídos gracias a la aburrida lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos:

«Sacratif, en Granada.

Gata, en Almería.

Palos, en Murcia.

La Nao, San Antonio y San Martín, en Alicante...».

Cuando llegué a la central de autobuses, el coche acababa de irse. Como faltaban dos horas para el próximo, dejé el equipaje en consigna y salí a cantonear. Las calles bullían de regatones, feriantes, vendedores de helados que solfeaban a gritos la mercancía. Otros, más modestos, aguardaban al cliente en la acera, con sus cestos de cañaduz e higos chumbos. Lucía el sol y las mujeres escobazaban delante de las casas. El cielo empañado, sin nubes, anunciaba un día caluroso.

Después del invierno gris del Norte, me sentía bien en medio de aquel bullicio. Recuerdo que, al cruzar el puente, pasaron dos simones con muchachas ataviadas de típica señorita española. Conscientes de la curiosidad que promovían, se esforzaban en encarnar dignamente las virtudes características de la raza: garbo, empaque, gracia, donosura. Un hombre las piropeó con voz ronca. Luego desfilaron otros